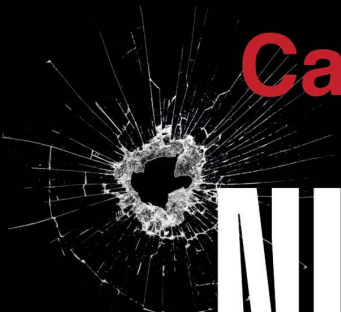




Carlos Basso

NUESTRO PEDACITO DE CIELO



**El nuevo crimen
organizado en Chile**

NUESTRO PEDACITO DE CIELO

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Carlos Basso

Derechos exclusivos de edición:

© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: abril de 2025

RPI: 2025-A-1301

ISBN: 978-956-408-717-7

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

NUESTRO PEDACITO DE CIELO

EL NUEVO CRIMEN ORGANIZADO EN CHILE

CARLOS BASSO

Índice

Introducción. Cáncer fase IV	9
Capítulo 1. Que dios nos ayude	19
Capítulo 2. Los reyes sobre la Tierra	33
Capítulo 3. Chile, nuestro pedacito de cielo	41
Capítulo 4. Artículo 22	55
Capítulo 5. La Mocro Maffia	61
Capítulo 6. Operación Chile	75
Capítulo 7. Tours Casa Blanca	91
Capítulo 8. Multadas y vacunadas	107
Capítulo 9. Franquicias criminales.....	119
Capítulo 10. La banalidad de la violencia	139
Capítulo 11. Salir a <i>toquear</i>	165
Capítulo 12. Narcocultura y nuevas religiones	183
Capítulo 13. Objetivo: Un fiscal	201
Capítulo 14. La dinastía del Niño	221
Capítulo 15. El control territorial depredatorio	237
Capítulo 16. Secuestros y homicidios	257
Capítulo 17. La lírica con sangre entra	275
Capítulo 18. Antorchas de libertad	285
Agradecimientos	299

Introducción

Cáncer fase IV

*Metástasis: Propagación de un foco canceroso en
un órgano distinto de aquel en que se inició.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

La palabra *depredar* tiene dos acepciones según el diccionario de la RAE, pero la que interesa para los fines de este libro es la primera: “Robar, saquear con violencia y destrozo”.

De eso se trata de este texto, de depredadores que se han extendido como un cáncer por el país, de una metástasis que ha arrasado con (casi) todo; de sicarios, secuestradores, extorsionadores, esclavistas, narcotraficantes y traficantes de armas que en los últimos años cambiaron completamente Chile y su mapa delictual, verdaderas células cancerígenas que son capaces de cualquier cosa con tal de obtener lo que quieren.

Quizá el objeto del deseo de los depredadores de turno sea el viejo iPhone 8 de pantalla trizada por el cual hablas en forma inadvertida por el paseo Bulnes, o tu Nissan D300 comprada a sesenta cuotas con la cual te movilizas a través de un camino forestal lleno de hoyos en San José de Colico; o puede que sean los dos o tres gramos de ketamina que le compraste a un *dealer* en una calle de Bellavista, por los cuales pagaste cincuenta mil pesos luego de acordar la venta por medio de alguna red social.

Si tienes suerte saldrás vivo, porque en general no les interesa tu vida, sino lo poco que tienes, aunque sea mierda, como esa coca que te vendieron a la entrada de la disco y que tú crees que

es droga, pero que en realidad es el yeso de una pared de un cité del barrio Yungay.

Lamentablemente, puede ser que quieran de ti algo más que un teléfono viejo, unos gramos de pasta, las ampollas de fentanilo que te robaste en el hospital donde trabajas o una camioneta.

Puede ser que tengas la mala fortuna de ser el dueño de una pyme de cualquier rubro: una mueblería en Alto Hospicio, un restorán en el barrio Italia o una empresa de chatarra en Rancagua, y que hayas tenido la malísima suerte de darle trabajo a algún depredador o depredadora que se mandó a cambiar a la semana de llegar y que ni siquiera cobró los días en que estuvo allí, porque su objetivo no era ese, sino hacer lo que en lenguaje policial o militar se denomina “inteligencia”, es decir, recoger información útil para la toma de decisiones, en este caso, secuestrarte o mandar a un grupo de matones a asaltarte a la salida del banco, porque ya saben que todos los viernes a las doce vas a depositar las ganancias de la semana a una sucursal de tu banco perdida en la cresta del mundo, convencido —aplausos por tu ingenuidad— de que nadie lo sabrá y, por ende, estás seguro.

Sí, los delincuentes también hacen inteligencia, pero en el mundo de la metástasis la usan para saber si tu pyme genera un flujo de caja constante que le permita pagar a tu familia el monto que van a pedir por tu libertad en efectivo, después de que te secuestren, o que van a exigir que le transfieran por Western Union a alguien en Bolivia, Perú, Colombia, Panamá o Venezuela.

Si tus familiares no pagan a tiempo a los secuestradores o si el monto no les satisface, es probable que la negociación implique que te cercenen un dedo y manden un video de ello a tus seres queridos.

Si andan de buen humor, quizá solo te corten el lóbulo de una oreja con una tijera vieja, que te va a dejar una herida llena de óxido. Si optan por el dedo, ruega porque usen un cuchillo, que, aunque es un método brutal, es mejor que el clásico alicate que se usa en estos casos, con el cual primero te quiebran la falange escogida y después te la desprenden, cortándola como si fuera un cable coaxial muy grueso y muy duro.

Si el lóbulo o el dedo no son suficientes, seguirán con otro dedo y luego quizá te pongan un cojín sobre el muslo y después te

disparen en la pierna, lo que no es malo, considerando que otros secuestradores prefieren sacarles los dientes a sus secuestrados con el mismo alicate.

Si todo falla y no consiguen el dinero que esperaban, lo más probable es que el macho alfa de los plagiadores dé —por medio de una videollamada— la instrucción de que te ejecuten de un par de tiros y que luego lancen tu cuerpo a algún lugar rural, lo que es una buena opción, excelente, en realidad, pues la otra es que compriman entero tu cuerpo con un complejo sistema de frazadas y toallas anudadas, lo que te va a dejar convertido en una especie de paquetito que incluso cabe en una maleta, y te vas a morir asfixiado por la imposibilidad que tendrán tus pulmones de moverse; asfixia posicional mecánica, se llama.

Puede ser que tu cadáver aparezca decapitado, comprimido, quemado o amortajado en el camino a Lenga, en Talcahuano; en la frontera norte, más cerca de Tacna que de Arica; en una caletera de San Bernardo, en alguna quebrada entre Iquique y Alto Hospicio o en un tubo de alcantarillado cercano a Curacaví, debajo de la Ruta 68, en un día despejado y árido como garganta de camello, uno de esos días en que el gris ceniza del cielo de Santiago se transfunde con el azul que empieza a aparecer apenas te alejas un poco de Pudahuel.

Si es así, lo último que van a ver de ti tus familiares y amigos antes de que les entreguen tu cuerpo cercenado va a ser un bulto tapado con lona negra y a varios peritos de la PDI o Carabineros enfundados en trajes de bioseguridad blancos, trabajando alrededor tuyo, bajo ese cielo grisáceo azulado.

Eso, si tienes buena suerte. Si los secuestradores estiman que más encima les faltaste el respeto, si creen que les robaste ketamina o, peor aún, si alguien les dijo que les querías disputar la *plaza de las mujeres* o el terminal de buses clandestino en el cual embarcan inmigrantes desde Iquique a Santiago, o si se convencieron de que les querías quitar el cité en el cual cobran el arriendo, ofrecen jovencitas recién llegadas de Carabobo y venden *mota* recién cosechada en Quilimarí, entonces es probable que puedas aparecer en varios pedacitos, flotando en el mar frente a Coquimbo, desperdigado en bolsas y maletas en plena Alameda, sepultado bajo una losa de

cemento en Arica o quemado al interior de un auto carbonizado, en Negrete, allá al sur de Los Ángeles.

Eso, si es que en realidad tienes mucha suerte, porque también está la posibilidad de que no aparezcas nunca más y te entierren en el desierto o quemen tus restos mortales en una fogata y luego lancen los trozos de ellos a un río, si es que creen que les robaste las armas y la *macoña* que tenían en la camioneta que te llamaron para reparar porque su caja de cambios sonaba como el tambor de un camión ripiero.

Peor aún: Puede ser que accedas a todo lo que te piden, que les entregues la mochila con el dinero que te acaban de pagar por la venta de tomates que acabas de concretar en Lo Valledor y que, pese a eso, te disparen igual delante de tu hijo de quince años, que te acompañó a trabajar y que vio cómo te asesinaban junto a tu socio en el cruce de acceso a Malloa.

Nada de lo anterior es producto de la imaginación. Todo eso y mucho más ocurrió en los últimos años en distintas partes de Chile, no solo en las grandes ciudades, sino también en pequeñas comunas e incluso en localidades rurales como Malloa, esas mismas donde hasta algunos años atrás el delito que traía de cabeza al jefe del retén local era el robo de bicicletas y de balones de gas, además de las peleas de borrachos y, de cuando en cuando, algún homicidio, generalmente cometido con las clásicas armas del viejo *choro* chileno de antaño: un estoque, una cortaplumas mariposa, un cuchillo cocinero o incluso un Tramontina pequeño, de esos de dientes aserrados que se venden en el supermercado y que usas para cortar la carne del asado cualquier domingo de septiembre.

¿Sabes cuál es el arma de excelencia hoy por hoy, al menos al momento de publicarse este libro? La Glock .40. Es una pistola de puño, no muy distinta de cualquier otra, pero, además de ser muy liviana (pues es casi enteramente fabricada con polímeros), es fácilmente “chipeable”, como le dicen en los bajos fondos a la adaptación que se le realiza para que dispare ráfagas automáticas, como si fuera una ametralladora.

Así, una Glock “chipeada” y provista del respectivo “Mickey Mouse”, como llaman a los cargadores circulares, es una

ametralladora portátil, un arma terrible y devastadora, un ángel del demonio que escupe fuego, plomo y venganza a razón de 1.200 balas por minuto.

La punto 40 es el sueño húmedo del Tren de Aragua, de Los Pulpos, de la banda del “Palta” en Hualpén, de Los Gallegos de Arica, de Los Shottas de Antofagasta, de Los Espartanos del barrio Franklin, de la Bang de Fujian china de Recoleta y también de los pastabaseros de cualquier plaza, pobla o pasaje de Chile.

Es un objeto erótico y mucho más, un símbolo de estatus, de poder y de riqueza, pues cada una vale unos tres millones de pesos en el mercado negro, cuando está “chipeada”, por supuesto. No cualquier pinganilla tiene una punto 40.

Hay que ser “de verdad” para ello.

Por cierto: Si vives en un buen barrio, con bonitas áreas verdes, con vecinos que te saludan cuando paseas al perro y donde no hay narcomausoleos o pilotos vendiendo pasta, tusi o marihuana en las esquinas, puedes estar tranquilo por un rato, porque el cáncer que hemos observado en Chile en los últimos años aún sigue ensañado con los más débiles, con los que menos tienen, con aquellos que pasan años pidiendo que por favor les instalen una comisaría, un retén, por último, señorcito diputado, señorita alcaldesa (imagina que aquí va un emoji de manos en posición de súplica); con aquellos que han crecido en barrios donde las esquinas siempre han pertenecido a una facción de Los de Abajo o de la Garra Blanca, donde los silbidos se reproducen de pasaje en pasaje cuando ven que viene un operativo policial y donde, desde siempre, la gran mayoría de personas honestas y trabajadoras que vive allí evita decir que vive allí para no ser estigmatizada.

Se trata de aquellos lugares que los políticos profesionales ahora llaman “los territorios”, un eufemismo que recuerda tantos otros de nuestra historia reciente para evitar llamar a las cosas por su nombre. Basta recordar cuando en el Sename hablaban del “stock” de niños y niñas.

En este caso, el eufemismo se usa para hablar de lo que siempre hemos conocido como poblaciones, llámense como se llamen y estén donde estén: cerro Chuño, Nuevo Amanecer, Bajos de Mena,

La Mula, la John Kennedy, la Pedro de Valdivia, La Chimba o La Emergencia, un clásico en casi todas partes de Chile.

Da lo mismo, porque, con sus particularidades, encontrarás en ellas un país que no se parece en nada al que ves cuando vas por la zona oriente y frente a ti se yerguen moles como el Costanera Center, el Titanium, el MUT y todos los edificios de Sanhattan que, en realidad, en nada se parecen al Manhattan de verdad, lleno de rascacielos art déco o *beaux arts* que destilan elegancia.

Sin embargo, no te confíes. La metástasis avanza en forma inexorable. Los depredadores ya están en esos buenos barrios desde hace rato, aunque de momento sus objetivos no son necesariamente zurcirte a balazos, sino que por lo general son el Cayenne o el Audi que te compraste recién, con el cual parten acelerando a toda velocidad al tiempo que se graban para TikTok escuchando a Marcianeke o algún otro músico urbano mientras muestran su respectiva Glock sobre el velocímetro.

Muy probablemente, tu auto será utilizado después en algún asalto y quizá termine chocado. También puede ser que lo encuentres con un par de hoyos de bala, pero es mejor que nada, concordaremos. En una de esas, si es tu día de suerte, solo lo robaron para irse “de toco”, grabarse y abandonarlo.

Sin embargo, es muy probable que no lo veas nunca más, porque quizá se lo vendieron a alguno de los sujetos que tapizan los postes de todo el país con avisos del tipo “compro autos con o sin papeles”, muchos de los cuales adquieren a precio vil autos casi nuevos, que luego desguazan y venden por piezas.

Otra opción es que le vendan tu *alta gama* a unos narcos de la zona sur de la capital, que le van a pagar doscientos mil a los ladronzuelos, unos violentísimos mocosos de quince o dieciséis años, y luego de ello se lo van a llevar andando (sin que nadie los pare en miles de kilómetros) hasta Alto Hospicio, donde se lo van a entregar a unos narcos bolivianos a cambio de veinte kilos de pasta base fresca y viscosa, recién hecha en algún laboratorio de la selva que no es una especie de emprendimiento hípster de una comunidad de indígenas hippies que vive en conexión con la Pachamama.

Sin duda, los trabajadores de la plantación de coca y los *capos* que los cuidan armados con fusiles AK-47 de los que compró por cientos de miles el Ejército de Perú en los años ochenta y que hoy se trafican en todo el altiplano son personas de dicho origen, como lo es también el capataz de la plantación.

No obstante, los dueños de ese sembradío ubicado en el Chapare no son esas esforzadas personas para quienes la hoja de coca es parte de su cultura y a quienes tú ingenuamente crees que beneficias comprándole al *piloto* que te vende a la entrada del metro República o en el Parque Forestal.

No, porque si no son del cartel del Chapare, lo más probable es que los dueños de esa droga sean en realidad mexicanos del Cartel de Sinaloa o del Jalisco Nueva Generación, o brasileños del Primer Comando de la Capital o del Comando Vermello, o del cartel del Golfo de Colombia, o de las disidencias de las FARC.

También es probable que estén asociados a alguna organización criminal más lejana aún, como la mafia de Los Balcanes, la Bratva (la mafia rusa) o la Mocro Maffia, que controla la mayoría del tráfico de drogas en Holanda y Bélgica y que, en medio de los canales de Ámsterdam, ha implementado costumbres tan “tercermundistas” como poner bombas en los autos de sus rivales, decapitar a competidores molestos, asesinar periodistas o, incluso, amenazar con asesinar a una princesa (ya hablaremos de eso), actividades que los miembros del cartel del Chapare, los de Sinaloa, los de Jalisco, los del Golfo, los del PCC brasileño o los de la Bratva ejecutan con tanta naturalidad como tú tomas la micro.

Pero no nos perdamos de donde estábamos. Más temprano que tarde, si nadie reacciona, la metástasis va a llegar con todo a tu barrio y, como decía aquel bello y duro poema que se atribuye a Bertolt Brecht (pero que en realidad escribió Martin Niemöller), cuando vayan por ti, ya será demasiado tarde.

Sí, ya sé lo que estás pensando: que soy un agente del caos, un agitador político que busca asustarte para que votes por tal o cual candidato y que, por ende, formo parte de alguna conspiración de izquierda o derecha.

Por supuesto, eres libre de pensarlo y de creer lo que quieras. Para eso están los sesgos cognitivos y ¿quién soy yo para liberarte de tus sesgos?

Sin embargo, no pertenezco, ni he pertenecido ni he sido cercano a partido político alguno en toda mi vida. Mi trabajo es contar lo que veo y reporteo y, si de algo estoy seguro, es que el crimen organizado en Chile ha avanzado en forma imparable por culpa de la desidia y mediocridad de la derecha y la izquierda de este país, por igual.

Por ello, salvo algún cambio radical en la forma en que se enfrenta el problema, las opciones que tiene Chile de no terminar como México o Ecuador son bien escasas.

Así, lo único que pretendo con este modesto ejercicio es hacer un contrapunto entre lo que vi hace casi treinta años, cuando comencé a trabajar como reportero policial, y lo que he reportado en los últimos años, todo lo cual da cuenta de que los primeros indicios de un crimen organizado en serio nunca fueron detenidos y, cual células cancerosas que se fugan desde un tumor hacia el torrente sanguíneo, el cáncer comenzó a avanzar hacia distintas partes.

Es un tipo de enfermedad que otros países de la región y de otras latitudes impensadas han experimentado ya. En la mayoría de ellos su avance ha generado dramáticos resultados, los que pronto experimentaremos acá, porque nada indica que tengamos políticos que entiendan cómo se expande o quieran detenerlo, mientras se debaten entre ser o no ser, muchos de ellos sumidos en la negación del fenómeno, alimentada por algunos académicos que nunca en su vida han tenido cercanía con los hechos, más allá de lo que han leído en algún *paper* escrito por un amigo suyo de otra universidad.

En ese sentido, en las siguientes páginas voy a ir relatando cuáles son las características de este cáncer que ya viene haciendo metástasis desde hace un buen tiempo.

La primera de ellas es que, si bien muchos de los principales protagonistas de estas páginas vienen desde otras latitudes, llegaron a Chile porque la mesa estaba servida, por muchos motivos: una reforma procesal penal laxa y garantista, y una economía estable (puede que tú no lo creas, pero pregúntale su opinión al respecto a un argentino, para no irnos tan lejos).

A ello se suma, como segunda característica, un contexto internacional, que ejemplifico con el capítulo dedicado a la Mocro Maffia. Sí, estamos viendo fenómenos que nunca habían ocurrido por estas latitudes, pero no somos los únicos. Hay un contexto global. Como lo explicó el académico chileno Andreas Feldmann en una entrevista en *El Mostrador*, “la violencia ha sido normalizada en todos los países del mundo”.

Una tercera característica de esta nueva criminalidad es que esa violencia adquirió otra dimensión en muchas partes y también en Chile. Ya no es extraño que veamos noticias acerca de homicidios cuádruples o quintuples, o cuerpos quemados, decapitados o desmembrados. Tampoco nadie se escandaliza cuando se detiene a una banda de secuestradores o cuando un fiscal aparece en la televisión diciendo que la policía encontró una casa de torturas. Decomisos de toneladas de drogas dejaron de ser noticia de portada en muchos medios.

La cuarta característica es el *control territorial depredatorio*. Hay un capítulo entero al respecto, así es que no me extenderé mayormente, pero solo diré que hoy las organizaciones criminales no solo dominan simbólicamente en poblaciones enteras, sino que son el Estado y la empresa privada en ellas, todo al mismo tiempo.

Por cierto —y aquí vamos a la quinta característica— ello no solo ocurre en Santiago. Los criminales que imperan hoy en Chile cumplieron el viejo sueño de la descentralización y hoy actúan de distintos modos tanto en el centro de Santiago o en los cerros de Valparaíso como en Graneros, Los Vilos, Arica o Hualqui. Esta nueva criminalidad ve en cualquier espacio no cooptado por otro grupo un lugar donde asentarse. Por ende, el crimen organizado ya no es patrimonio exclusivo de los grandes centros urbanos.

Sexta característica: Los narcos serán narcos por siempre, qué duda cabe, y a ello se dedican muchas de estas organizaciones, pero, al mismo tiempo, junto con la emergencia de delitos *chilensis* muy violentos —como las encerronas y portonazos— nos llenamos de delitos importantes desde otros países: desde el motochorro que te roba el celular (el crédito se lo debemos a Argentina, desde donde se expandió a otras naciones) hasta los secuestros, la extorsión que

te cobran en el barrio Meiggs a cambio de “seguridad” cuando eres dueño de un negocito establecido, o el crédito “gota a gota”, terreno exclusivo de mafias colombianas.

Otra característica es que esta nueva delincuencia no opera bajo los estándares culturales de la criminalidad tradicional chilena. Ya no existe el respeto a la lealtad entre pares ni hacia los vecinos, ni a los ancianos o los enfermos. Aunque se le sigue rindiendo culto a los santos patronos de la delincuencia, como la Virgen de Monserrat en la iglesia de La Viñita (en Recoleta), han aparecido con fuerza cultos provenientes del Caribe o México, como la santería, la palería o la Santa Muerte.

También (y ya estamos en la octava característica) han cambiado los códigos relativos al lenguaje, y no me refiero solo a que actualmente se usen muchas palabras y conceptos que antes nadie conocía por estos lares, sino a que esta nueva delincuencia es, con mucho, “centenial”, por lo tanto sus miembros se comunican por medio de historias de Instagram, estados de WhatsApp y muchos, muchos emojis. En dicho contexto, el celular termina siendo siempre una especie de santo grial de evidencias en su contra.

Capítulo 1

Que dios nos ayude

Está tira'o Chile pa poder entrar, porque hay que puro autodenunciarse y te entregan altiro un papel.

Escucha telefónica, POLICÍA DE INVESTIGACIONES, Arica, 4 de marzo de 2022

Promediaba el año 2021. La pandemia del coronavirus empezaba a difuminarse muy de a poco y algunas cosas regresaban a la normalidad, entre ellas, la vida nocturna. Arica mostraba signos de ese *revival* y ello se expresaba, entre otras cosas, en una serie de actuaciones de “cantantes urbanos”, que se anunciaban para los meses siguientes.

En la Fiscalía y en la PDI de Arica, sin embargo, el ambiente no era de euforia debido a todo ello, pues sospechaban que varias de dichas actuaciones (muchas de ellas en abierta vulneración de las normas sanitarias aún vigentes) eran el lavado del dinero que los narcotraficantes ganaron a manos llenas durante la pandemia, cuando la escasez de droga y las restricciones de movimiento hicieron subir a las nubes los precios de los estupefacientes ilegales.

En ese contexto nació una investigación de drogas que, en apariencia, no era muy distinta de las que se realizaban en forma casi cotidiana en el norte de Chile, pues en lo formal consistía en buscar a narcotraficantes ariqueños que importaban cocaína y marihuana desde los países vecinos con el fin de venderla en Chile, especialmente en Santiago.